

ENRIQUE GÓMEZ MEDINA



KINEGEA - LIBRO 2

EL LIBRO DE LA HECHICERA



*Para los que han descubierto la magia
Y para los que están a punto de hacerlo.*

Prefacio

Ya conoces Kinegea, quizá no hace falta que te recuerde que al final del libro encontrarás un glosario en el que se explican la mayoría de los términos que se usan en este mundo y que difieren de los del nuestro. Pero, aun así, te lo recuerdo.

¿Preparado para volver a Kinegea?

Edades atrás

El río se había desbordado y vuelto a secar en cuestión de décimas. Su lecho todavía estaba húmedo, fangoso a tramos. Había que tener cuidado para que un pie no quedara atrapado en él. Mellianne no podía olvidar la ocasión en que le ocurrió y una anguila-vampiro se le enroscó en la pierna. Tuvo que recurrir a un hechizo escudo para evitar que le clavara los dientes, mientras echaba mano de una de las agujas que mantenían su cabello recogido y se la ensartaba en un ojo.

Muy desagradable.

Pero necesitaba las semillas de aquaria antes de que volviera el frío, eran lo único que calmaba los dolores de la vieja Turkia. Una vez desecadas y machacadas, era tal su poder de absorción de humedad que eran capaces de retirarla incluso de los huesos de los ancianos. Había visto a algunos con los miembros rígidos como ramas secas y retorcidos sobre sí mismos como caracolas salir andando por su propio pie tras tomarse una simple papilla.

Así que echó a un lado sus pensamientos y se concentró en la tarea de encontrar los pequeños gránulos negros entre el lodo. No era tarea fácil, solo se podía hacer mediante el tacto. Cogía un puñado y lo amasaba entre sus manos hasta detectar los minúsculos granos, más suaves que la arena. Los aclaraba cuanto podía y los echaba a un saquito colgado de su cinto. Más tarde, en su cabaña, terminaría de enjuagarlos bien y ponerlos a secar.

Ya llevaba un buen rato con la espalda doblada y apenas llenaba una cuarta parte del saquito. Con un suspiro se enderezó y caminó unos pasos, para estirarse al tiempo que buscaba con la mirada un nuevo punto con posibilidades de contener las preciadas semillas. Pronto lo encontró: un montículo de fango del que aún asomaban los restos de unos tallos ya marchitos. Eran de aquaria, sin duda: su forma cuadrada y las púas que los habían defendido de los voraces peces leñadores mientras permanecían sumergidos los delataba.

Mellianne se acercó a él y, con decisión, hundió las manos en el fango.

—¡Aaahhh! —gritó. Algo se había aferrado con fuerza a su muñeca. Esta vez no era ninguna anguila. Eran dedos. Humanos.

Tiró para librarse de ellos y cayó de espaldas al suelo. Un resplandor violeta se formó alrededor de sus manos, dispuestas a contraatacar, mientras de entre el fango se alzaba la figura de un hombre. El resplandor violeta se volvió cegador.

—¡Espera! —dijo la voz del hombre, rasposa como la corteza de qerqo, como si no la hubiese usado en mucho tiempo— Mellianne.

Ella detuvo el gesto, pero el brillo de sus manos no disminuyó.

—¿Cómo... cómo conoces mi nombre?

—¿Quién no lo conoce? —respondió él, mirando nervioso alrededor mientras pestañeaba con fuerza para sacarse el barro de los ojos— Te estaba esperando.

—¿Esperando? ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El... el necesario.

La chica le observó de arriba abajo. Su ropa estaba embarrada y empapada, y él temblaba como una hoja, aterido de frío. Los dientes le castañeteaban.

—¿Y para qué me esperabas?

—Para entregarte algo. Algo importante.

El hombre volvió a mirar alrededor, con temor, antes de introducir la mano bajo su capa y sacar de ella un paquete cuidadosamente envuelto en cuero. Tenía el tamaño y la forma de un ladrillo de adobe.

–¿Qué es? –preguntó ella antes de acercarse siquiera.

–Un libro.

–¿Y por qué es tan importante?

–Es El Libro.

La expresión de Mellianne tornó de la desconfianza al asombro.

–¿El Rediens Libri? ¿El libro... del Regreso?

El hombre no respondió. Solo sostuvo el paquete en alto ante sus ojos. Mellianne, por fin, alargó la mano hacia él, al mismo tiempo que el resplandor que la rodeaba desaparecía. Con reverencia, lo tomó y se quedó observando su envoltorio durante casi un salmo, tratando de decidir si era buena idea lo que estaba a punto de hacer. Pero era demasiado tentador; no volvería a tener una oportunidad como esa en su vida. El Rediens Libri... Con delicadeza, retiró el fino lienzo de cuero. Al poco tenía entre las manos un tomo menudo, vetusto, con cubiertas negras sin una sola inscripción.

Inspiró profundamente y lo abrió.

Al instante, un gesto de extrañeza cruzó su rostro.

–¿Qué es este galimatías?

–Está encriptado –respondió el hombre–. Nadie ha podido descifrarlo nunca. Gracias a Latt, eso es lo que nos ha salvado.

–¿De qué? ¿O de quién?

–De ellos –susurró, como si los árboles pudieran escucharle–. Los Magos del Crepúsculo. Se han hecho fuertes en el consejo de hechiceros. Nadie está a salvo. Dicen que adoran a Latt, que traerán la luz a Kinegea, pero yo he visto... he visto cosas horribles –sus ojos se agrandaron, recordando algo que sin duda quería olvidar.

–Pero, si no pueden descifrarlo... –dijo Mellianne, apartando un poco el libro de sí.

–Hay un mago... un mago de los Confines. Dice que ha encontrado la fórmula. Viene hacia aquí. No podía dejar que cayera en sus manos. Si lo utilizan... –respondió el hombre, dando un paso atrás– Solo tú tienes poder suficiente para protegerlo de ellos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Mellianne.

–¿Por qué dices eso?

–Porque te conozco. Yo también soy hechicero, pero mi poder no es ni la sombra del tuyo.

–Quizá juntos...

–No. Seguirán mi rastro; tienen mi sangre. Los he burlado unos soles, enterrándome vivo y aquietando mi pulso, pero se acabó. Debo irme, alejarles de ti antes de... –acercó la mano a un saquito que pendía de su cuello. Uno igual que el que tenía la propia Mellianne, y que contenía polvo de hongo negro.

Se dio la vuelta y echó a andar con dificultad.

–¿Cómo te llamas? –gritó Mellianne cuando ya se había alejado un trecho.

El hechicero giró la cabeza y, a pesar de la aflicción de su rostro, aún tuvo ánimo para mostrar un asomo de sonrisa.

–¿Eso qué importa ya?

Zid y Tem

—¿Así fue como Temmanandriae recibió El Libro? —preguntó la pequeña Hymy.

El abuelo Zideon asintió.

—Al menos así me lo contó a mí.

No dejaba de sorprenderle que sus cinco nietos hubiesen renunciado a su rato de juegos, único momento en que sus padres les dejaban volar libres como pajarillos, para volver a sentarse a su alrededor a escuchar su vieja historia. Creía que al despertar ya se les habría olvidado todo. Pero no, allí estaban, clavando en él sus diez ojitos ávidos de curiosidad.

—Hoy la maestra te ha vuelto a nombrar, abuelo Zideon —dijo Geomwee.

—¿He hecho algo malo?

—No, ha sido durante la clase de Historia de Kinegea. Te ha citado entre los artífices del Cambio de Edad. Y a algunos de tus amigos también.

Zideon esbozó una sonrisa. La Nueva Edad.

—Pero cuenta todo de forma aburrida —se quejó Kava—. Se salta los detalles interesantes.

—¡Sí, queremos detalles! —convino Hymy— ¿Así que Temmanandriae acudió a tu invocación?

—Y eso que debía estar muy enfadada contigo... —respondió Ingeia.

—Yo también lo estaría —añadió Marwoh.

—Al principio así fue —respondió el abuelo Zideon, asintiendo—. Tuve que convencerla de que no era eso lo que yo creía realmente. Le costó recuperar algo de confianza en mí, y estoy seguro de que finalmente me contó la historia del Libro porque consideraba que era demasiado importante para detenerse por chiquilladas. Fue una larga conversación. Creo que... —el abuelo Zideon se detuvo un instante, eligiendo las palabras— Creo que, en realidad, ninguno de los dos quería despedirse.

Tragué saliva. Había tenido que reunir mucho valor para volver a invocar a Temmanandriae, o, mejor dicho, a Mellianne. La había visto en acción frente a Okon, el temible Maestro de la Orden de la Luz. Implacable, Mellianne no se había detenido ni un instante antes de matarlo de una forma horrible. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando recordé sus ojos refulgir como ascuas de color violeta, después de que yo la llamara “bruja”.

Y ahora allí estaba, frente a mí, flotando en el haz de mi lúmir, mirándome como una diosa miraría a un krik al que está a punto de pisar. La música de la fiesta Felybir llegaba a mis oídos, pero yo no la oía, amortiguada por la distancia y la intensidad del momento.

—¡Así te habían nombrado en la historia que escuché! —intenté justificarme, aunque mi propia voz me sonó insegura como la de un niño.

Un silencio frío y peligroso, como una hoja afilada, se había interpuesto entre los dos. Observé su rostro, por donde, despacio, iban cruzando distintas expresiones mientras las palabras acudían a sus labios. Por encima de mi temor, me maravillaba lo mucho que ella había cambiado en apenas unos salmos. Con tan solo recobrar su historia, aquella muchacha confundida a la que había tenido que explicar lo que era un sentimiento, se había transformado en un ser formidable, poderoso, temible.

—Me quemaron por ello —dijo al fin.

Me sentí como un completo idiota. Egoísta e inconsciente, ni siquiera me había dado cuenta del dolor que le había provocado.

–Lo siento. No sabes cómo lo siento.

Tem se quedó un largo rato mirando a mis ojos. Y yo no los bajé.

–Prométeme que jamás volverás a hacerlo –dijo al fin–. Con eso bastará por ahora. Hay cosas más urgentes.

–Lo prometo –respondí al instante, respirando aliviado. Sabía que no me había perdonado del todo, pero al menos me concedía una tregua.

–Liliandra sabe lo del Libro –continuó ella–. Y también sabe que estoy aquí. Debemos irnos enseguida.

Me quedé en silencio. La música de los Felybir sonaba aún demasiado animada como para indicar el fin de la fiesta. Pensé en la pequeña y anciana hechicera de los Felybir, y en su rostro ansioso cuando habló de aquel libro.

–Me temo que nuestros amigos no van a estar preparados al amanecer –dije–. Pero ¿por qué tanta prisa? ¿Qué es lo que encierra ese libro?

–Demasiadas cosas –se detuvo un momento, decidiendo si era prudente seguir hablando–. Y demasiado poderosas.

–Tem... Temmanandriae... Mellianne...

–Llámame Tem, por favor –me interrumpió–. Ya me había acostumbrado a ello.

Sonreí ligeramente. Aquello era un paso.

–Tem, soy el único que puede hablar contigo. Y tengo... tengo manos, cuerpo. Tú... tú no... –dejé la frase en el aire, pues no sabía cómo terminarla– ¿Y si te ocurriera algo? Me necesitas para recuperar ese libro. Deberías confiar en mí.

Tem clavó de nuevo sus ojos en los míos. Al principio creí que había conseguido volver a enfadarla, pero le mantuve la mirada.

–El Libro contiene magia –dijo al fin–. Magia antigua. Olvidada. Y mucho más poderosa que la que conocemos hoy. Nuestros hechizos más potentes son simples trucos de prestidigitador a su lado. Y algo más. Algo que te interesa especialmente.

La miré expectante, pero ella no se decidía a hablar.

–¿Qué?

–Dice cómo despertar el poder de la Pirámide.

–¿¿Qué??

–La Pirámide está dormida. Sin El Libro, no sirve para nada.

–Entonces ¿la Pirámide existe?

Tem asintió despacio. Yo agaché la cabeza, tratando de asimilar la información. ¡La Pirámide existía! No era un cuento de madres, era un lugar real. Lo sabía. En el fondo de mi corazón, lo sabía. Retiré con disimulo una lágrima que rodó por mi mejilla.

–¿Quién lo escribió? –pregunté.

–Nadie. Y todos. Los hechiceros arcanos formaron una auténtica comunidad. Pusieron su saber a disposición del resto. Sabían que era importante que aquella sabiduría perdurara a través de las edades. Estaban dispuestos a enseñarla a cualquiera que reuniera las condiciones necesarias. Poder natural... y bondad. Altruismo, ausencia de ambición. Aquella herramienta tan poderosa en las manos equivocadas se convertiría en un arma terrorífica.

Asentí, mientras trataba de asimilar la información.

–¿Y qué hiciste con él? ¿Lo destruiste? Si tú no podías usarlo y esos Magos de la Noche sí...

–Magos del Crepúsculo. Se pusieron ese nombre porque se decían a sí mismos que con ellos llegaría la auténtica Luz –hizo una mueca de sarcasmo–. No lo destruí. No me atreví a hacerlo. Supongo que tenía la esperanza de que alguien, algún día...

–Tú misma.

Tem bajó la mirada, avergonzada.

–Supongo que pequé de soberbia –dijo–. Solo lo oculté.

–¿Dónde? –pregunté, acercando mi oído a ella.

–¿Estás loco? –dijo un paso atrás– Bastante peligroso es ya que yo lo sepa.

–Bueno –protesté–, al fin y al cabo los Magos del Crepúsculo desaparecieron hace edades.

Tem me miró como si estuviera hablando con un chiquillo de seis inviernos.

–No desaparecieron –dijo–. Antes de que el resto del consejo decidiera acabar con ellos, se inmolaron.

–¿Y de qué les servía eso? –resoplé.

–Utilizaron un hechizo.

–¿Qué hechizo? –empezaba a estar harto de tener que extraerle la información a cucharadas. Pero Tem aún tardó algunos parpadeos en contestar.

–El mismo que usé yo.

–Entonces... –empecé a decir, abriendo los ojos a medida que iba comprendiendo.

–Ahora son no-vivos, como yo.

Miré a nuestro alrededor, con temor.

–Hasta ahora no me han encontrado –añadió Tem–. Pero debemos irnos.

–¿Por qué? ¿Qué querría hacer Liliandra con el Libro?

–Demasiadas cosas. Puede que lo quiera para ella, o puede que quiera entregárselo a quien más lo desea en Kinegea.

–¿Quién es?

Tem alzó una ceja, sorprendida de que aún no lo hubiera captado.

–Los herederos de los Magos del Crepúsculo. La Orden de la Luz.

FIN DEL FRAGMENTO

Puedes continuar leyendo en: <https://relinks.me/B09MCF87MV>